

ISSN: 0213-2087 eISSN: 2444-7080  
DOI: <https://doi.org/10.14201/shhc202442285307>

## FEDERICO SILVA MUÑOZ Y LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA. CUANDO EL APERTURISMO FRANQUISTA CHOCÓ CON LA DEMOCRACIA

*Federico Silva Muñoz and the Spanish Transition.  
When Francoist Liberalization Collided with  
Democracy*

Adrián MAGALDI FERNÁNDEZ  
*Universidad Complutense de Madrid*  
<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

Recibido: 25/09/2023 Revisado: 13/01/2024 Aceptado: 30/01/2024

RESUMEN: Federico Silva Muñoz fue una de las voces más reconocidas del aperturismo mesofranquista. Conocido con el sobrenombre de «ministro eficacia» por su gestión de la cartera de Obras Públicas, los sectores católicos del régimen no tardaron en apelar a Silva como máximo representante del horizonte aperturista y, posteriormente, del reformismo. Sin embargo, cuando se inició la construcción de la nueva democracia, Silva se mostró anclado en las estrechas coordenadas del régimen, convirtiéndose en uno de los fundadores de Alianza Popular durante sus orígenes neofranquistas. Frustrado con la evolución del cambio y contrario a la Constitución, acabó situado en los márgenes del sistema como representante de una derecha reaccionaria anticonstitucional. El recorrido por la trayectoria biográfica de Federico Silva durante la Transición española permitirá arrojar luz sobre la compleja evolución del discurso aperturista en su origen, evolución y limitaciones, así como la difícil vertebración de la derecha española ante la nueva democracia.

*Palabras clave:* Federico Silva Muñoz; Transición española; Franquismo; Alianza Popular; derecha política.

**ABSTRACT:** Federico Silva Muñoz was one of the most recognized voices of middle Francoism's liberalization policies ("aperturismo"). Known by the nickname «Efficiency Minister» for his management of the Public Works portfolio, the Catholic sectors of the regime did not take long to appeal to Silva as the highest representative of the aperturismo horizon and, later, of reformism. However, when the construction of the new democracy began, Silva seemed anchored in the narrow coordinates of the regime, becoming one of the founders of People's Alliance during its neo-Francoist origins. Frustrated with the changing situation and opposing the 1978 Constitution, he ended up placed on the margins of the system as a representative of an anti-constitutional reactionary right. The journey through the biographical trajectory of Federico Silva during the Spanish Transition will shed light on the complex evolution of the aperturismo discourse, its origin, evolution and limitations, as well as the difficult structuring of the Spanish right regarding the new democracy.

*Keywords:* Federico Silva Muñoz; Spanish Transition; Francoism; People's Alliance; political right.

## 1. INTRODUCCIÓN

«Soy una víctima de la congruencia política»<sup>1</sup>. Con estas palabras repasaba Federico Silva Muñoz su trayectoria durante una transición del franquismo a la democracia que lo había condenado al ostracismo político. Durante la dictadura, Federico Silva había ocupado la cartera de Obras Públicas (1965-1970) con un enorme reconocimiento a su labor, motivo por el que fue bautizado con el sobrenombre de «ministro eficacia». Tras dimitir de su cartera por desavenencias internas con el rumbo del régimen, Silva se convirtió en uno de los máximos representantes de un aperturismo político que, desde círculos católicos, pedía una mayor liberalización del país. Muy pronto ubicado en un incipiente reformismo que decía inspirarse en la democracia cristiana, sus pretensiones comenzaron a diluirse con el propio inicio de la reforma. Anclado en sus planteamientos y frustrado con las transformaciones democráticas, Silva se sintió desbordado por el cambio cuando este se hizo realidad. Inicialmente se cobijó en un «neofranquismo evolutivo» en el que, desde las filas de Alianza Popular (AP), trató de contener el alcance de la reforma. Posteriormente, ante la moderación y adaptación del conservadurismo aliancista, Silva optó por votar en contra de la Constitución y situarse en un horizonte reaccionario desde la extrema derecha extraparlamentaria. La persona que muchos habían esperado que ocupara un papel fundamental en la construcción de la democracia se había visto superada por la misma.

El objetivo de este artículo es trazar un breve retrato de la figura de Federico Silva centrado en los años de la transición española. A través de la numerosa bibliografía sobre el tema, así como la consulta de material documental y hemerográfico, pretende analizarse su trayectoria vital para, desde ella, comprender la

1. «Silva Muñoz: "Soy una víctima de la congruencia política"», *El País*, 28 de febrero de 1980.

vertebración y propósitos de ese aperturismo liberalizador que, si en unos casos evolucionó hacia un reformismo clave para la nueva democracia, en otros se mantuvo anclado en las coordenadas del régimen hasta constituir la base de un neofranquismo contrario al nuevo sistema constitucional. Desde ese posicionamiento, la trayectoria de Silva permite alumbrar la compleja historia del conservadurismo español en sus problemas de adaptación y transformación a la sombra del cambio político. De este modo, la semblanza biográfica de Federico Silva ayudará a un mejor conocimiento de su figura, pero, también, a un acercamiento desde nuevos planteamientos a la compleja historia de la derecha española en ese momento decisivo en que el aperturismo chocó con la democracia.

## 2. UN POLÍTICO DEL RÉGIMEN: LA TRAYECTORIA DEL «MINISTRO EFICACIA»

Federico Silva Muñoz nació en Benavente (Zamora) el 28 de octubre de 1923 en una familia donde ya se vislumbraban las primeras inclinaciones políticas. Aunque su padre, Vicente Silva, se presentó a las elecciones municipales de 1931 en una candidatura independiente, cuando se proclamó la Segunda República se integró en el Partido Republicano Radical, convirtiéndose en su dirigente local (Pernía 2018). Aquello parece que tuvo una razón más pragmática que ideológica pues, según recordaría Federico Silva, en la familia estaba presente el temor a un sistema en el que «España estaba rota y al borde de convertirse en el primer país comunista o marxista de occidente» (Silva 1993: 21). Ese creciente recelo hacia el orden republicano fue lo que explica que el triunfo de las tropas del general Franco en la Guerra Civil fuera visto con simpatía por la familia. Finalizada la guerra, Silva marchó a realizar sus estudios universitarios a Madrid, donde se licenció en Derecho y defendió su tesis doctoral. De forma simultánea se aproximó al Centro de Estudios Universitarios (CEU) dependiente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), un grupo de apostolado laico que, desde las convicciones cristianas, constituía un espacio de sociabilidad clave para jóvenes procedentes de la pequeña burguesía provincial. Allí entabló relación con figuras como Gonzalo Fernández de la Mora, Alfonso Osorio o Fernando Álvarez de Miranda (Barreiro 2010). De entre todos ellos, Silva no tardó en despuntar como dirigente de los Círculos de Jóvenes para, después, ser elegido secretario general de la ACNP en 1953 y su vicepresidente en 1959. Se hacía así un lugar en los círculos católicos del régimen, siendo también designado miembro del consejo de administración de la Editorial Católica y de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, y presidente del Colegio Mayor San Pablo y del CEU. Mientras en aquellos compañeros más alejados de la directiva surgía el debate sobre la defensa de los principios cristianos desde un posibilismo que actuara en el régimen (como Alfonso Osorio) o desde una democracia cristiana antifranquista (como Fernando Álvarez de Miranda), la vinculación de Silva a las cúpulas dirigentes favoreció su identificación con la dictadura. Como diría Álvarez de Miranda (1985: 20), «a Silva le alumbraron desde la ACNP antes de tiempo, y sus éxitos le malograron para la etapa democrática».

Su creciente proyección muy pronto facilitó su salto a la política. Sus primeras actividades profesionales habían estado lejos de dicha esfera, trabajando como profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho hasta que ingresó en el Cuerpo de Abogados del Estado y, después, en el de Letrados del Consejo de Estado. Pero su significado en el mundo católico permitió que, en 1961, fuera designado procurador en Cortes en unos tiempos en los que comenzaba a ser frecuente hablar de *aperturismo*. Término ambiguo y polisémico, la *apertura* era apelada por todos aquellos representantes del régimen que apostaban por una liberalización que permitiera una adaptación progresiva a las realidades sociales (Mateos y Soro 1997; Cañellas 2009). Los sectores tecnócratas defendían una apertura económica que pusiera fin a la autarquía y al aislacionismo para conseguir un crecimiento de la renta que creara clases medias y favoreciera la desmovilización. Los sectores falangistas apelaban a una apertura política que, mediante una mayor participación, permitiera que la sociedad se identificara con el régimen, aunque esto siempre era concebido a través de los cauces del Movimiento como partido único. Era una época en la que todos hablaban de apertura, pero desde convicciones distintas. Mientras unos se ubicaban en un *aperturismo evolutivo* que concebía dichos cambios como el inicio de una homologación con las democracias europeas, otros se instalaban en un *aperturismo continuista* que apenas aspiraba a un modelo de autoritarismo adaptado a los nuevos tiempos (Gil Pecharromán 2017). La ubicación del personal político del régimen en una u otra variante solo se visualizaría pasados los años. Por entonces, Silva se situaba en un aperturismo que coincidía tanto con las pretensiones de una liberalización económica como con las pretensiones de una mayor participación política, aunque al margen del Movimiento y pensando en un asociacionismo que favoreciera a los grupos cristianos (Palomares 2006: 102-103). Convertido en la figura prominente del catolicismo propagandista, ya en 1962 se rumoreó su nombramiento como ministro, pero su acceso al Gobierno hubo de esperar hasta julio de 1965, cuando fue nombrado Ministro de Obras Públicas.

Silva comenzaba entonces una etapa ministerial en la que muy pronto fue conocido como el «ministro eficacia» dado el éxito de sus numerosas iniciativas. En su paso por la cartera, España vivió una importante transformación en materia de infraestructuras. Según Manuel del Arco (1970: 365),

De la época de pantanos se pasó a la de trasvases y autopistas, de perseguir una meta de recuperación material se pasó a crear una infraestructura cuya meta era alcanzar a los países más avanzados. Entre sus realizaciones principales cabría destacar: autopistas y enlaces de acceso a Madrid y Barcelona, trasvase Tajo-Segura, realización de buena parte de la Red de Itinerarios Asfálticos (REDIA) y el Programa de Autopistas Nacionales Españolas (PANE), inauguración del ferrocarril Madrid-Burgos, proyectos de Containers para el puerto de Cádiz, línea del Talgo Madrid-París, ampliación del Metropolitano en Madrid y Barcelona, canal Cherta-Calig, proyecto de ordenación del Mijares, etc.

La promoción facilitada por la cartera de Obras Públicas, y su compra del diario *Informaciones*, le permitieron alcanzar una gran proyección, y «posiblemente

ningún ministro del Régimen haya sido jamás tan bien tratado por la prensa» (Arco 1970: 368). Su popularidad le llevó a soñar con puestos mayores, por lo que durante la crisis ministerial de 1969 se alineó con el tándem triunfador formado por Luis Carrero Blanco y Laureano López Rodó. Sin embargo, sus ambiciones de alcanzar la cartera de Asuntos Exteriores se vieron frustradas cuando le ofrecieron reemplazar a Manuel Fraga en el Ministerio de Información y Turismo. Insatisfecho con la oferta, prefirió permanecer en Obras Públicas, aunque su decepción y la creciente parálisis aperturista del ejecutivo le llevaron a dimitir en abril de 1970.

Tras dejar la cartera ministerial, Silva encontró refugio profesional como presidente de CAMPSA y vicepresidente de BUTANO. Pese a todo, las expectativas sobre su futuro político se mantenían intactas, acrecentadas por la aureola de haber presentado su dimisión a Franco. Como elucubraba el periódico *Ya*, «su nombre queda como el de quien, aun habiendo hecho una obra importante, no ha dado de sí todo lo que se puede esperar de él. El señor Silva Muñoz es un valor que queda en reserva» (Arco 1970: 368).

### 3. LA ESPERANZA APERTURISTA DEL TARDOFRANQUISMO

El prestigio alcanzado tras su dimisión convirtió a Silva en la gran esperanza para los sectores católicos del entorno propagandista, que veían en él la posibilidad de liderar una alternativa al proyecto Carrero Blanco-López Rodó para incidir en la senda aperturista. Esa posibilidad le fue planteada en una reunión celebrada en la primavera de 1970 por personas de su entorno como Alfonso Osorio o Leopoldo Calvo-Sotelo, a los que se sumaron algunos perdedores de la remodelación ministerial, como Manuel Fraga o Pío Cabanillas. Pese a los intentos de convencerle para encabezar dicha corriente aperturista, las inseguridades de Silva a la hora de enfrentarse al Gobierno frenaron el proyecto (Palomares 2006: 187). Sus temores a que una crítica abierta al ejecutivo pudiera frustrar su carrera política fueron constantes, evelando un respeto hacia el personal político y el marco jurídico-institucional del régimen que muestra cómo sus proyecciones de futuro seguían circulando por los cauces de la dictadura. Todavía en 1972 rechazó esa propuesta cuando Fraga hizo un último intento por convencerle.

Pese a su cierta parálisis política, la necesidad de dotarse de equipos iba haciéndose evidente, por lo que Osorio consiguió que, en torno a Silva, se firmara en el verano de 1972 un manifiesto en el que participaron personalidades como Fernando Suárez, Virgilio Oñate o Pío Cabanillas. Dicho texto decía dirigirse a quien «comprende la necesidad del orden, pero no se identifica irracionalmente con el orden. Es consciente de la necesidad del cambio, pero cree que el cambio debe ser sistematizado racionalmente»<sup>2</sup>. El manifiesto apostaba por un cambio político que

2. *Manifiesto de Pío Cabanillas, Santiago López, Virgilio Oñate, Alfonso Osorio, Salvador Serrats, Federico Silva y Fernando Suárez*. Madrid, julio de 1972, Archivo Alfonso Osorio (sin clasificar).

permitiera «una auténtica y verdadera democracia, mediante el respeto, la seguridad y la garantía de todos los derechos concedidos en las Leyes Fundamentales»<sup>3</sup>. Aquella iniciativa no logró consagrarse ante la falta tanto de un sustrato ideológico común como de un liderazgo efectivo por parte de Silva. Sin embargo, era representativo de cómo se habían comenzado a sustituir las referencias a la *liberalización* por apelaciones a la *democratización*, y cómo desde el *aperturismo* se estaba evolucionando al *reformismo* (Powell 1997). No obstante, esa reforma era proyectada desde distintos enfoques, lo que ha derivado en debates y discrepancias historiográficas sobre la propia concepción de la reforma y su alcance (Powell 2007; Ysàs 2019). Pese a todo, pueden diferenciarse de forma clara tres posiciones. Los más avanzados apelaban a una reforma *desde el* régimen que utilizara la legalidad franquista como puente hacia una nueva democracia; otros apostaban por una reforma *del* régimen por la que la legalidad franquista se transformara hasta democratizarse; y los más continuistas solo admitían una reforma *en el* régimen, limitada a cambios puntuales sin cuestionar la permanencia de su marco político e institucional. Esta última posición más enraizada en la dictadura es en la que se ubicó Silva, con un uso e identificación con la reforma más nominativo que real, pues en el fondo seguía revelando un trasfondo liberalizador meramente aperturista. Ese posicionamiento es el motivo por el que Silva rechazó la nueva iniciativa de Osorio para crear un proyecto reformista que, tomando como base la ACNP, uniera a los católicos del régimen con los democristianos de la oposición. Aunque Silva se negó, la idea cristalizó y, en junio de 1973, nació el grupo Tácito, que a través de editoriales en prensa demandó dicha reforma democrática (Linares 2013). Se evidenciaba cómo Silva, pese a su talante aperturista, permanecía anclado en unas coordenadas del régimen que le impedían manifestarse abiertamente contra este, así como colaborar con quienes se situaban a su margen. La ambivalencia de su posición se manifestó con nitidez durante una conferencia en el Club Siglo XXI en noviembre de 1973. Desde una inicial vocación transformadora, demandó una reforma que garantizara «el deseo de participación política de los españoles» y permitiese que «nuestra imagen en el mundo se acomode mejor a la realidad y al espíritu de nuestro tiempo» (AA.VV. 1974: 14-16). Consideraba que la representación del pueblo mediante los cauces de la familia, el municipio y el sindicato no eran suficientes, pues

además de tales representaciones, hace falta una de carácter ideológico-político. Entiendo que un sistema que arranca de la consideración del hombre inserto en su comunidad no estará completo sin esa representación ideológico-política que dé oportunidad a cada español de realizarse, no solo en el plano de su adscripción a una familia, a una entidad social y a una entidad profesional, sino en el de su propio concurrir y su propio opinar sobre las cuestiones que afectan a la nación (AA.VV. 1974: 19).

Pese a estas opiniones favorables al cambio, en su discurso hacía mayor referencia a la participación que al pluralismo, pues consideraba que la diferencia de

3. *Idem.*

pareceres debía partir de la «aceptación del ideario que basa el Movimiento Nacional como comunión y fidelidad a sus Principios» (AA.VV. 1974: 16). En su opinión, «no se trata de resucitar el partidismo y menos aún de crear una partitocracia» o, de otra forma, «no se trata de deshacer, ni mucho menos, la unidad política sustancial lograda en plena contienda, sino acomodarla a las exigencias de estos momentos» (AA.VV. 1974: 26-27). Aunque hablase de reforma, continuaba en las lógicas del aperturismo.

La participación y el asociacionismo comenzaban a ser una referencia constante en el debate político del tardofranquismo, especialmente desde que el presidente Carlos Arias Navarro aprobara el Estatuto de Asociaciones en diciembre de 1974. Desde el primer momento existieron rumores sobre una asociación de vocación reformista bautizada como Triple Alianza, la cual estaría constituida por Manuel Fraga, José María de Areilza y Federico Silva. La operación fue lanzada por Osorio tras conversaciones con el Príncipe Juan Carlos de Borbón, al ver en aquellos tres hombres la posibilidad de liderar el país una vez que falleciese Franco (Powell 1997: 260). En enero de 1975, Osorio abordó aquel proyecto con Silva, quien aceptó su viabilidad aunque planteó el problema de su liderazgo, el cual parecía dispuesto a asumir en un intento por recuperar la vieja oferta recibida en 1970, aunque en aquellos momentos el prestigio de Fraga era superior al suyo. Días después se celebró en casa de Areilza un encuentro al que acudieron las tres figuras de esa hipotética «triple alianza», pero la disputa por su liderazgo hizo que esta naufragara antes de nacer (Palomares 2006: 219-220).

Silva decidió entonces crear una asociación propia atrayendo las bases católicas a través de las Hermandades de Trabajo, con la intención de construir un grupo «democrático en lo político y laborista en lo social»<sup>4</sup>. Su proyecto se sumó al que, de forma paralela, emprendió Osorio con los sectores más posibilistas del grupo Tácito. De la convergencia de ambas iniciativas nació, en marzo de 1975, Unión Democrática Española (UDE). La asociación quedó definida en torno a los principios del humanismo cristiano y la defensa de una reforma democrática con la pretensión de representar una alternativa democristiana de signo conservador<sup>5</sup>. Pese a sus importantes apoyos, UDE no oficializó su existencia ante el Registro de Asociaciones, quedando constituida una comisión gestora en la que muy pronto despuntó Silva, a quien la prensa reconocía como su presidente, aunque nunca desempeñó dicho cargo de modo oficial. La razón de que la asociación se mantuviera en ese incierto terreno era la división interna entre la opinión de Silva, favorable al reconocimiento al aceptar los estrechos márgenes del Estatuto, y la de Osorio, quien contemplaba UDE con un carácter instrumental como vía para una posterior unión con los democristianos antifranquistas del Equipo Demócrata Cristiano (EDC)

4. «Los señores Silva Muñoz y Monreal quieren formar una asociación política con las Hermandades de Trabajo como base», *Informaciones*, 14 de diciembre de 1974.

5. *Dossier sobre la agrupación política Unión Democrática Española*, Archivo General de la administración, Ministerio de Información y Turismo, Cultura, c.8903.

(Magaldi 2018). Sin embargo, el rechazo de Silva al catolicismo antifranquista era contundente. Cuando en septiembre de 1975 fue invitado a la inauguración del Centro de Formación de los democristianos bávaros, aprovechó para reunirse con Karl Josef Hahn, representante de la Unión Mundial Democristiana. Este le instó a buscar la unión de UDE y EDC, pero Silva se negó dadas las posiciones rupturistas y federales de los democristianos de la oposición (Silva 1993: 309).

Pese a todo, los elevados pronósticos sobre su futuro político se mantenían, lo que explica las diferentes reuniones que mantuvo en otoño de 1975 durante la enfermedad de Franco. La opinión de Silva mereció el interés tanto de diferentes embajadores, como de los servicios de inteligencia españoles. Estos realizaron un detallado informe en el que recogieron el posicionamiento de Silva ante el inminente fallecimiento del dictador, considerando que a este «le parecía lógica la continuidad de Arias» pues no espera sustituirle, «más bien diría que trabaja para sucederle» (Tusell y García 2003: 237). Sobre las posibles reformas le percibieron partidario de reconocer una mayor participación política y un mayor número de derechos, mostrándose más cauteloso respecto a la política de información, ante una prensa que percibía «absolutamente marxistizada y descontrolada». Respecto a la permanencia de las Leyes Fundamentales, defendió crear un único cuerpo constitucional, pero «sin la menor variación en el espíritu ni en el contenido fundamental» (Tusell y García 2003: 237). Días después de ese encuentro, el 20 de noviembre de 1975 fallecía el dictador y comenzaba la monarquía de Juan Carlos I. Ante la nueva realidad, Manuel Lora-Tamayo trató de convencerle de promocionar su nombre como Presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, pero Silva mostró escaso interés convencido de sus nulas opciones ante el propósito del monarca por nombrar a Torcuato Fernández-Miranda. Su nombre circuló con mayores opciones para desempeñar una cartera en el nuevo gobierno que formase Arias, y parece que el propio rey mostró interés en ello. Sin embargo, durante una reunión celebrada el 9 de diciembre entre Arias y Silva, el presidente consideró a su interlocutor demasiado exigente, por lo que rechazó su nombramiento. Según le dijo Arias a Osorio –designado Ministro de la Presidencia– «este amigo tuyo parece que no sabe que las líneas del Gobierno las marca el presidente; se cree el ombbligo de la política y del mundo» (Osorio 1980: 47).

Silva pronto mostró su decepción tanto con el hecho de no haber sido incorporado al Gobierno como por el incierto rumbo seguido por Arias, que estaría mostrando un auténtico «desbarajuste gubernamental» pues «el gobierno no sabía lo que quería» (Silva 1993: 326). Convencido de su escaso recorrido, y consciente de que su nombre seguía presente en las quinielas políticas, Silva trabajó en la vertebración de UDE ante la posibilidad de asumir responsabilidades en un futuro próximo. Aunque la asociación seguía dividida entre las tesis silvista y osorista, Silva trató de imponer su posición aprovechando la dedicación de Osorio a sus responsabilidades gubernamentales. Su creciente control de UDE se hizo notorio cuando esta puso en marcha un grupo parlamentario en las Cortes cuya dirección recayó en Álvaro Lapuerta, cuñado de Silva. El exministro insistía en oficializar la



asociación y evitar cualquier vínculo con la democracia cristiana antifranquista dado su apoyo a un proceso constituyente, pues pese a que decía admitir la necesidad de «una legitimidad democrática», Silva apostaba también por mantenerse fieles a «la legitimidad heredada del régimen de Franco»<sup>6</sup>. Durante un encuentro con López Rodó, Silva criticó con dureza a los líderes del EDC, pues si a José María Gil-Robles lo consideraba «un anciano» al que «solo siguen unos viejos nostálgicos», a Joaquín Ruiz-Giménez le veía carente de cualquier «fuerza política. Estoy dispuesto a aceptar el reto de comparecer con él ante la televisión: Joaquín no duraría tres minutos» (López Rodó 1990: 247-248). A finales de junio, Silva publicó una serie de editoriales en *ABC* donde definió un programa basado en «cristianizar la democracia», con un sistema que se democratizara sin abandonar los dogmas y principios de la religión católica, inserto en una retórica que no tardó en parecer más típica del viejo nacionalcatolicismo que de la democracia cristiana que pretendía representar<sup>7</sup>.

El 1 de julio se produjo la caída de Arias y el Consejo del Reino se reunió para conformar la terna con los tres candidatos a Presidente que ofrecerían al Jefe del Estado. Las votaciones internas constataron el alto prestigio de Silva, al ser el candidato que alcanzó mayor número de votos: Federico Silva recibió 15, Gregorio López-Bravo 14, y Adolfo Suárez 12, aunque al final fue este el elegido (Fernández-Miranda y Fernández-Miranda 1995). Las ambiciones de Silva vivían un nuevo revés. Cuando Osorio –a quien Suárez elevó a la condición de vicepresidente– contactó con Silva para ofrecerle el Ministerio de Asuntos Exteriores, este rechazó la oferta, negando a plegarse a quienes consideraba con menor valía que la suya. Su desánimo se acrecentó cuando la elevada posición de Osorio le permitió ejercer un mayor control sobre UDE, en especial después de incorporar al Gobierno a miembros de la asociación como Eduardo Carriles, Andrés Reguera y Enrique de la Mata. Días después de constituirse el ejecutivo, Osorio se reunió con Silva y le comentó su idea «de entregar la jefatura de la democracia cristiana a Adolfo Suárez», puesto que «tiene el poder y puede hacer un partido gobernante para 30 años» (Silva 1993: 336). En aquel momento, Silva fue consciente de que ya no representaba la esperanza de futuro que había sido en el pasado. Al desencanto por su situación personal se sumó el que comenzó a experimentar con la nueva realidad política, donde las primeras reformas de Suárez se tradujeron en la separación Iglesia-Estado y el inicio de contactos con una oposición que empezaba a ocupar su lugar en la vida pública. A través de un editorial, Silva lamentó

un deterioro progresivo de la situación, fruto de una liberalización mal hecha: las siglas y los grupos han proliferado, carentes de un cauce adecuado para organizar la libertad política; la confusión se aproxima al paroxismo; el edificio político

6. *Dossier sobre la agrupación política Unión Democrática Española*, Archivo General de la administración, Ministerio de Información y Turismo, Cultura, c.8903.

7. Artículos publicados por Silva: «La democracia cristiana y su manifiesto», *ABC*, 23 de junio de 1976; «Partidos, regiones y familia», *ABC*, 30 de junio de 1976; «Su doctrina social», *ABC*, 6 de julio de 1976.

construido por Franco se cuarteaba amenazando lo peor, que no es el derribo, sino la ruina; huelgas y manifestaciones muy bien orquestadas y financiadas se multiplican; el espectro de la violencia renace con más fuerza que en el Portugal revolucionario; la agitación contra la unidad nacional ha crecido de manera visible, y la economía, acosada en tantos frentes, se resiente<sup>8</sup>.

El nuevo alcance y velocidad de la reforma despertaron en Silva un creciente vértigo, lo que supuso que aquel vago reformismo en que había tratado de situarse se plegara en torno a la apuesta por un cambio limitado y controlado.

#### 4. UN «MAGNÍFICO» DE LA ALIANZA POPULAR

El desencanto de Silva muy pronto encontró refugio en aquellos sectores procedentes del franquismo con los que, por principios y trayectoria, se sentía más próximo. Mientras Osorio negociaba con los sectores democristianos para conseguir su unión con UDE, Silva comenzó a abordar la incorporación de la asociación a una alianza neofranquista.

Durante el verano de 1976, Silva se sumó a los encuentros que, desde hacía tiempo, venía patrocinando José María Velo de Antelo para crear una federación de asociaciones que integrase a quienes pretendían defender las esencias del régimen frente a la creciente presencia de la oposición antifranquista (Velo de Antelo, 2010). Aquellos propósitos derivaron en la creación de una Comisión Conjunta de Asociaciones que pretendía ser el contrapunto a la unidad opositora representada por Coordinación Democrática. En un primer momento, formaron parte de ella UNE (Unión Nacional Española), UDPE (Unión del Pueblo Español), ANEPA (Asociación Nacional para el Estudio de Problemas Actuales) y FNE (Frente Nacional Español). Sin embargo, pronto se descolgaron FNE –centrado en buscar su pureza falangista– y el sector más progresista de ANEPA, mientras se aproximaban Fraga con su RD (Reforma Democrática) y Silva con UDE (Río, 2016). Coordinados por Julio Iranzo, el auténtico protagonismo fue asumido por los diversos exministros franquistas implicados, como Federico Silva, Manuel Fraga, Cruz Martínez Esteruelas, Gonzalo Fernández de la Mora, Laureano López Rodó o Licinio de la Fuente. Se estaba conformando una alianza que Joaquín Satrustegui bautizó como el *eurofranquismo*, estableciendo un paralelismo con aquel eurocomunismo que trataba de sobrevivir adaptado a la democracia liberal (Gil Pecharromán 2019: 287). Los implicados en aquella operación decían estar trabajando en una formación similar al Partido Conservador británico, pero para algunos autores «no había nada de eso, sino un intento de recreación de la desaparecida corriente aperturista» dirigido a quienes deseaban «algo de continuismo y algo de reforma» (Gil Pecharromán 2019: 288). A finales de septiembre, Silva presentó ante la comisión gestora de UDE su propósito

8. SILVA, Federico, «¿A dónde va España?», *ABC*, 30 de julio de 1976.

de sumarse a ese proyecto de lo que concebía como un gran partido liberal-conservador, propuesta que chocaba con la pretensión de Osorio por mantener los contactos con grupos democristianos. La discrepancia fue resuelta durante una reunión el 6 de octubre en la que los 25 miembros de la comisión gestora se pronunciaron sobre el futuro de UDE: 13 votaron a favor del proyecto democristiano, 8 a favor de la propuesta silvista y 4 se abstuvieron (Bau 1991: 298). Tras aquella derrota, Silva abandonó UDE seguido de los más leales, pero la inmensa mayoría de UDE respaldó la posición de Osorio y acabó integrándose en la futura Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez.

En su nuevo rumbo político, Silva fue uno de los firmantes del manifiesto fundacional de Alianza Popular (AP). En dicho texto, AP declaraba su defensa de «reformas profundas» desde una «actitud constructiva, moderada, realista y abierta al futuro», mientras criticaba «las excesivas concesiones a actividades revanchistas, erosionantes de la paz y el orden» promovidas por «quienes han contribuido poco o nada al desarrollo español de las últimas décadas»<sup>9</sup>. Situada en las viejas coordenadas aperturistas, AP aparecía como un grupo de «neofranquismo evolutivo» en contraposición a ese otro neofranquismo anclado en los postulados del primer franquismo (Río 2013). Se trataba este de un terreno difuso que ha provocado concepciones divergentes de AP en la historiografía, pues si para algunos pudo suponer las bases para una formación de signo liberal-conservadora –por mucho que mirase a su pasado– (Rivera 2022; González Cuevas 2023), para otros se trató de una experiencia nacional-populista típica de la extrema-derecha (Gallego 2006; Río 2013). De cualquiera de las formas, lo que resultaba evidente era su incapacidad para poner en marcha un proyecto político que rompiera con el pasado. El manifiesto fue presentado públicamente el 21 de octubre por Manuel Fraga (RD), Cruz Martínez Esteruelas (UDPE), Gonzalo Fernández de la Mora (UNE), Laureano López Rodó (AR, Acción Regional), Licinio de la Fuente (con una germinal DS, Democracia Social), Enrique Thomás de Carranza (cuya USP, Unión Social Popular, nacía de los sectores más conservadores de ANEPA) y Federico Silva, con su pequeña escisión de UDE. Aquellos hombres pronto fueron conocidos como los «siete magníficos», apodo atribuido al periodista Francisco Cerecedo. Según declaró Silva, Alianza Popular nacía «por la presión de los acontecimientos, por la tenaz y acertada gestión de comunes amigos y por alto espíritu y patriotismo»<sup>10</sup>. Surgida con el propósito de condicionar «los excesos» de la reforma emprendida por Suárez, Silva continuó mostrando un tono cauteloso y, aunque votó a favor de la Ley para la Reforma Política, evidenció su temor de caminar hacia «una ruptura con apariencia de reforma» (Silva 1993: 113-116). Mientras el cambio político proseguía, Silva trabajó en vertebrar su propio grupo, lo que cristalizó el 10 de diciembre de 1976 cuando se celebró la primera asamblea de su nueva formación: Acción Democrática Española

9. «Alianza Popular opta por el continuismo reformista», *El País*, 10 de octubre de 1976.

10. «Don Federico Silva explica la escisión de UDE y la constitución de Alianza Popular», *Ya*, 21 de octubre de 1976.

(ADE). Presidida por Silva y con Ramón Herмосilla como secretario general, ADE apelaba a los valores del humanismo cristiano y aspiraba a «avanzar hacia un orden democrático sin rupturas». Según Silva, su partido nacía para convertirse en una pieza clave de AP y representar el «gran centro de moderación»<sup>11</sup>. No obstante, Silva rechazó los propósitos de fusionar los diferentes partidos de AP, asegurando que el objetivo unitario tan solo debía consistir en ganar las elecciones, reacio a una convergencia que le hiciera perder la identidad católica y el control sobre su propia clientela (Baón 2001: 292). Todavía continuaba apelando a su singularidad «democristiana», aunque como señaló Antón Cañellas, secretario general del EDC, «Silva puede ser cristiano, pero no es demócrata» (Penella 2005: 178). En el ámbito internacional apenas recibió el reconocimiento de los más conservadores democristianos bávaros, que lo apoyaron económicamente a través de la Fundación Hans Seidel (Urigüen 2018).

Mientras el avance hacia la democracia proseguía, AP celebró su I Congreso los días 5 y 6 de marzo de 1977, con el gran debate de fondo de llevar a cabo la fusión de las diferentes formaciones. El tema fue abordado en las asambleas que, de forma simultánea, celebraron los diferentes partidos. Al final, RD, UDPE, USP, AR y DS aprobaron su disolución en el Partido Único de Alianza Popular (PUAP), que conviviría junto a UNE y ADE en la Federación de Alianza Popular (FAP). Dada su independencia, ADE decidió definir con claridad su organigrama, donde Federico Silva fue confirmado como presidente y Ramón Herмосilla como secretario general, mientras Álvaro Lapuerta era elegido vicepresidente primero, Eduardo del Arco vicepresidente segundo y Ricardo Gómez Acebo vicesecretario general (Río 2013: 118). En el conjunto de AP, Fraga fue elegido su secretario general y su candidato a la presidencia del Gobierno, mientras que Silva fue nombrado presidente de la FAP. En su intervención ante la militancia, Silva pronunció un discurso con el que evidenció las limitaciones de sus planteamientos, pues si bien decía defender la democracia, mostró sus reparos a los condicionantes políticos de un ingreso en la Comunidad Económica Europea que «piensa que España es solo lechugas y vino», desplegó una dura retórica antimarxista frente a la «nueva fórmula del eurocomunismo que se nos despacha desde Moscú», y despreció el poder de los medios de comunicación, que estarían convirtiéndose en una «prensa canallesca» a la que amenazó con «la oportuna ley de Libelo» (Penella 2005: 237). El aperturismo de Silva era incapaz de evolucionar hacia un conservadurismo adecuado a la nueva coyuntura. Como apuntó Julio Gil Pecharromán (2019: 293), «mientras los inmovilistas se transformaban en involucionistas y los reformistas en centristas, los antiguos aperturistas tenían dificultades para identificarse como conservadores –¿conservar qué?– y contaban con dirigentes reconocibles para la opinión pública como procuradores de un reciente pasado de franquistas autoritarios». Sus pretensiones de representar a una derecha democrática aparecían deformadas por sus

11. «Alejemos de nuestra convivencia el rencor y el afán de revanchismo», *Pueblo*, 13 de diciembre de 1976.

vínculos con un autoritarismo franquista con el que gran parte de los dirigentes aliancistas no estaban dispuestos a romper. Durante una conferencia pronunciada en abril, Silva apuntó que «una cosa es que no vuelvan a enfrentarse las ideas [...], y cosa diferente es que se nos quieran imponer el dominio de aquellas que fueron entonces derrotadas»<sup>12</sup>. Cuando al poco tiempo se legalizó el Partido Comunista de España, su decepción con la reforma pareció definitiva.

Las primeras elecciones democráticas fueron convocadas para el 15 de junio de 1977. Silva se presentó como candidato de AP por Zamora, donde hizo una dura campaña tanto contra las fuerzas antifranquista de izquierdas, como frente a la UCD liderada por Suárez. Asegurando que «los que no están con nosotros están contra nosotros», Silva mostró durante todas sus intervenciones su respeto al legado de Franco y su rechazo a un proceso constituyente<sup>13</sup>. Frente a quienes les acusaban de neofranquistas, Silva publicó en *ABC* un editorial bajo el título «¿Qué es eso del neofranquismo?», en el cual rechazó dicha etiqueta y se definió como neomodernos. Según escribía, AP representaba la «versión actual de la moderación, de la vía media, de la convivencia civilizada, del respeto para todos, sin agresiones ni violencias», asegurando pertenecer a una tradición en la que convivían, indistintamente, desde Jovellanos, Cánovas y Maura, hasta Miguel Primo de Rivera y Francisco Franco<sup>14</sup>. Aquella compleja simbiosis reflejaba los problemas de evolución y adaptación de la derecha, lo que tuvo evidentes consecuencias en las urnas. La victoria electoral fue para UCD, seguido del PSOE como segunda fuerza. AP fue la cuarta candidatura más votada por detrás del PCE, pues solo consiguió un 8,2 % de los votos y 16 diputados. Entre ellos figuró Silva, que logró ser la segunda candidatura en la provincia de Zamora con un 23,5 % de los sufragios, superando la media nacional dado su prestigio en una provincia eminentemente rural y clientelar. Con aquel resultado era obvio el problema de la derecha en la nueva España democrática.

## 5. EL DESENCANTO CON EL PROCESO CONSTITUYENTE

Alianza Popular y sus magníficos quedaron divididos respecto a las pretensiones sobre su futuro inmediato. Fraga, con el apoyo de López Rodó, pensó que tras aquel resultado era indispensable redefinir el espacio de la derecha; Silva y Fernández de la Mora mostraron su rechazo, dispuestos a seguir en las coordenadas de ese viejo aperturismo leal al pasado; De la Fuente se dedicó a trabajar con autonomía en sus labores parlamentarias; y Martínez Esteruelas y Tomás de Carranza vieron frustrada su influencia dada su condición extraparlamentaria al no conseguir actas de diputado. Silva desconfiaba de la nueva realidad en la que

12. «Alianza Popular no ha nacido ni vive bajo el signo negativo de nada», *Ya*, 22 de marzo de 1977.

13. «Silva: “No a Cortes Constituyentes”», *El País*, 27 de mayo de 1977.

14. Silva, Federico «¿Qué es eso del neofranquismo?», *ABC*, 3 de junio de 1977.

había quedado situado. Respecto a la situación de la derecha, recelaba de Fraga, en especial después de que este presentara al dirigente comunista Santiago Carrillo en el Club Siglo XXI. Al mostrarle su desacuerdo, Fraga le indicó que lo había hecho para favorecer que los sectores más extremistas abandonaran AP y así comenzar a redefinir su espacio político, tras lo cual ADE emitió un texto crítico con aquella decisión. Respecto a la situación política, las primeras críticas de Silva se dirigieron contra los acuerdos consensuados entre partidos en los bautizados como Pactos de la Moncloa. Mientras Guillermo Piera y Laureano López Rodó formaron parte de la mesa económica, Manuel Fraga y Federico Silva fueron los representantes aliancistas en la mesa política. Aunque AP respaldó el acuerdo económico, no rubricó el pacto político por su desacuerdo con las medidas promovidas en materia de orden público (Penella 2005: 291). Silva consideró aquel consenso una «expresión del fracaso del parlamentarismo», con «una ponencia pariendo un documento de mala manera» (Silva 1993: 375).

Aunque la falta de evolución de Silva le había hecho perder ante los medios esa imagen de referente que había tenido en la época del aperturismo, en las filas aliancistas seguía gozando de gran reconocimiento. Esa razón es la que llevó a que Fraga tratara de ganársele en su intento por una renovación de la derecha basada en la unión y la moderación. En principio, Silva era contrario a dicha tesis, replicando a su compañero que «no hay fusión, ni puede haberla, en esta casa» (Fraga 1987: 106). Sin embargo, al mismo tiempo percibía los beneficios de una reordenación del espectro conservador, consciente del desencanto de parte de los sectores democristianos de UCD, quienes vivían con incomodidad la presencia socialdemócrata en la formación centrista. El II Congreso de AP se celebró los días 28 y 29 de enero de 1978 con la incertidumbre del papel que jugaría Silva, quien hizo esperar su presencia durante horas y rechazó defender la ponencia sobre medios de comunicación tal y como estaba previsto. Pero, cuando tomó la palabra, asumió la necesidad de buscar una nueva alianza con todos los representantes de la «derecha sociológica» para alcanzar lo que definió como «la gran derecha». Dirigiéndose a los viejos compañeros de UDE que por entonces militaban en UCD, Silva aseguró que «hay muchos en ese partido que comparten nuestros puntos de vista sobre lo que pudiera ser la nueva derecha. Deseamos encontrar puntos de coincidencia y no provocar disensiones», por lo que les llamaba a sumarse a las filas aliancistas para que los medios «no vuelvan a arrinconar a AP en la extrema derecha»<sup>15</sup>. Pese a todo, matizaba que «unidad no significa uniformidad», por lo que abogó por mantener la doble estructura de la FAP y el PUAP. Consideraba que esto garantizaría la autonomía de ADE tanto en lo orgánico como en lo doctrinal, crítico con los proyectos del PUAP de renunciar a su pasado franquista para definirse como grupo de centro-derecha. Al final, el PUAP asumió su reconversión hacia «una derecha moderna y moderada», mientras la FAP se mantuvo en una imprecisión orgánica e ideológica,

15. «Silva: "Alianza Popular se compromete a activar la unidad de toda la derecha», *ABC*, 31 de enero de 1978.

pues, en realidad, el principal motivo de su existencia era mantener a Silva –y a Fernández de la Mora– vinculado a las estructuras aliancistas. Tras aquel congreso, Silva quedó como presidente de la FAP mientras Félix Pastor lo sería del PUAP, aunque la auténtica importancia residía en Fraga, secretario general de ambos grupos. Durante los siguientes meses, Silva dijo trabajar en favor de esa unidad de la derecha convencido de que «nos separa de UCD menos de lo que muchos suponen»<sup>16</sup>. Sin embargo, la disparidad de pareceres entre Silva y las bases centristas a las que trataba de atraer era creciente, tal y como se constató ante la tramitación del nuevo texto constitucional.

Todavía contemplando con recelo el inicio del proceso constituyente, Silva se integró en la Comisión de Asuntos Constitucionales y Libertades Públicas junto a Manuel Fraga, quien adoptó un tono más pragmático y se convirtió en uno de los siete ponentes encargados de redactar la Constitución (Cañellas 2012). En desacuerdo con los primeros borradores, Silva presentó una serie de enmiendas dirigidas en dos direcciones: rechazar la descentralización del Estado e incorporar un reconocimiento expreso a la religión católica, pues como lamentó públicamente, consideraba inconcebible «dejar a la Iglesia como institución en un plano constitucional inferior a asociaciones como sindicatos, partidos y similares»<sup>17</sup>. Aunque otras de sus enmiendas se orientaron hacia otro tipo de cuestiones, como la regulación de los estados de excepción y guerra o el deber del Estado de garantizar la correcta utilización de los recursos naturales, estas pasaron a un segundo plano respecto a lo que eran sus auténticas preocupaciones. Pese a que hubiera asumido la reforma, «al llegar las consecuencias, se echaba atrás con espanto. Mucho le pesaba [...] que no se mencionase por ninguna parte a Dios y que tampoco se hubiese buscado amparo en la ley divina [...]. Pero lo que no podía soportar era la intrusión del término nacionalidades y el planteamiento autonómico resultante» (Penella 2005: 353). Su desacuerdo estalló con motivo de los consensos extraparlamentarios alcanzados por UCD y PSOE en torno a los denominados «pactos del mantel» para sacar adelante el texto. Cuando el 23 de mayo de 1978 la comisión se reunió para debatir, Silva mostró su desaprobación aprovechando la ausencia de Fraga, quien se encontraba de viaje en Estados Unidos. Criticó con dureza los pactos entre centristas y socialistas, pues «deseamos que no se interrumpan estas sesiones y que no se conviertan un poco en los acuerdos de Yalta o Potsdam, en que los vencedores del 15 de junio sean los que impongan su voluntad a las minorías»<sup>18</sup>. Tras rechazar la política de consensos, que interpretó como el triunfo de una partitocracia que estaría constatando el fracaso del parlamentarismo, decidió que AP se retirase de

16. «Silva Muñoz “Nos separa de UCD menos de lo que muchos suponen”, *El País*, 31 de enero de 1978.

17. «Silva ataca la regulación constitucional de la libertad religiosa», *El País*, 11 de marzo de 1978.

18. Diario de sesiones del Congreso de los Diputados. Comisión de Asuntos Constitucionales y Libertades Públicas, número 72, 23 de mayo de 1978, pp. 2587-2588.

la sesión para, tras hablarlo con sus compañeros, abandonar la propia comisión. Según declararon en un comunicado:

A la vista del pacto extraparlamentario a que han llegado la UCD y el PSOE y al cual se han adherido otros grupos del Congreso, sobre numerosas y trascendentes materias del proyecto constitucional, Alianza Popular rechaza este consenso ucedista-marxista y este proceder antidemocrático, precipitado, inadmisibles en cuestiones esenciales, sin publicidad y con menosprecio de minorías y de la propia Cámara<sup>19</sup>.

Durante los días siguientes, Silva fue sondeado tanto por Emilio Attard –presidente de la comisión– como por Fernando Álvarez de Miranda –presidente del Congreso– para conseguir la vuelta de AP a los debates sobre la Constitución (Attard 1983: 104-105). Esto solo fue posible después del regreso de Fraga a España, tras lo cual AP se reincorporó a la comisión, aunque manteniendo su desaprobación de todos los acuerdos extraparlamentarios.

El rechazo de Silva a la Constitución se puso nuevamente de manifiesto en las dos intervenciones que realizó cuando esta pasó a debatirse en el pleno del Congreso. En su primera intervención mostró su desacuerdo con el nuevo marco autonómico, al considerar que bajo ese modelo se ocultaba un sistema federal. Especialmente crítico fue con el empleo del término *nacionalidades* para referirse a aquellas regiones con singularidades histórico-culturales, considerándolo un «fármaco tranquilizante» que no tardaría en mostrar sus problemas<sup>20</sup>. Consideraba que la Constitución creaba una dualidad entre los conceptos de *nación* y *nacionalidades* que suponía la «manifestación más clara del mantenimiento simultáneo y contradictorio de dos posiciones irreductibles: la de quienes defendemos, por encima de todo, la unidad nacional de España y la de quienes mantienen férreamente su criterio de una pluralidad nacional en el seno de lo que entendemos que hasta ahora ha sido España»<sup>21</sup>. En caso de que triunfara ese segundo posicionamiento, advertía del riesgo de establecer «las bases de una pluralidad que necesariamente abocará a la secesión y a la ruptura»<sup>22</sup>. En su segunda intervención, Silva se centró en defender la libertad de los padres para elegir la educación de sus hijos mediante un reconocimiento expreso de la posibilidad de crear y dirigir escuelas, tras lo que subyacía una defensa de los centros de titularidad religiosa. Según manifestó, «el fundamento de los derechos de los padres como educadores está en el propio derecho natural, anterior y prioritario de los del Estado. Es a ellos a quienes corresponde elegir libremente el centro educador que les inculque aquel sentido filosófico, religioso o moral de la vida que esté de acuerdo con las convicciones y creencias de sus padres»<sup>23</sup>. Rechazaba así la fórmula de transacción alcanzada entre

19. «Comunicado de Alianza Popular», *El País*, 25 de mayo de 1978.

20. Sesión plenaria del Congreso de los Diputados, número 103, 4 de julio de 1978, p. 1898.

21. *Ibidem*, p. 1897.

22. *Idem*.

23. Sesión plenaria del Congreso de los Diputados, número 106, 7 de julio de 1978, p. 2094.



UCD y PSOE, la cual recogía la libertad en la *creación* de centros sin incluir una referencia a la *dirección*, tras lo que Silva temía un intervencionismo del Estado. Según declaró consciente de su falta de apoyos, AP seguiría defendiendo dicha libertad, lanzando a la cámara un reproche: «Si no se acepta el partido único, el sindicato único, ¿por qué hemos de aceptar la escuela única?»<sup>24</sup>. Cuando la diputada socialista Marta Mata Garriga advirtió de la paradoja de que un exministro franquista apelara a la libertad, Silva la recriminó con un «manos blancas no ofenden», en referencia a la famosa frase de Calomarde según la cual una mujer nunca podría dañar el honor de un hombre<sup>25</sup>. Cuando en julio se llevó a cabo la primera votación del texto en el Congreso previa a su paso por el Senado, el grupo aliancista se abstuvo como forma de ganar tiempo ante sus diferencias internas, mientras que Silva fue el único miembro de AP en votar en contra solo con la solidaridad de Fernández de la Mora, ausente de la cámara por un accidente. Según manifestó Silva en una nota pública, era necesario rechazar el texto constitucional por promover la ruptura de España y cimentarse en un «militante laicismo» vertebrado desde «una política de rancio tinte anti-católico»<sup>26</sup>.

Ante la necesidad de resolver sus problemas internos antes de la votación definitiva en el Congreso, el 30 de octubre de 1978 se reunió la junta nacional de AP, donde se evidenció la división del partido. Mientras 48 miembros se mostraron favorables a apoyar el texto constitucional –aunque promoviendo ciertas reformas– otros 44 abogaron por rechazarlo. Cuando al día siguiente se votó el texto, el grupo aliancista quedó igualmente dividido: 8 diputados votaron a favor, 3 se abstuvieron y 5 votaron en contra, entre ellos Federico Silva. Tras aquella votación, Silva abandonó AP y comenzó con ADE el rumbo hacia una derecha anticonstitucional imposible de convivir con esos deseos de convergencia en torno a una «gran derecha».

## 6. EN EL HORIZONTE REACCIONARIO

Quien tiempo atrás fuera representante de un aperturismo que comenzaba a apelar a la reforma se había convertido en un símbolo de la extrema derecha. Mientras la realidad se transformaba, Silva era incapaz de adaptarse a las condiciones creadas por la reforma. Días después de abandonar AP, varias personalidades franquistas organizaron una comida en homenaje a los diputados aliancistas que habían votado contra la Constitución. En dicho ambiente, comenzó a fraguarse la idea de vertebrar un nuevo partido de derechas basado en los valores cristianos y la defensa de la unidad nacional. Promovido por Silva y Fernández de la Mora, su operación atrajo a ciertas figuras confiadas en que esa iniciativa era la única

24. «La enseñanza queda regulada según la fórmula aprobada por consenso», *El País*, 8 de julio de 1978.

25. Sesión plenaria del Congreso de los Diputados, número 106, 7 de julio de 1978, p. 2127.

26. AGUN/FJB, caja 6, carp. 78-1.

con posibilidades de poner en marcha una auténtica formación conservadora, al estimar que AP se había alejado de los principios en torno a los cuales Silva había ambicionado crear su «gran derecha». Al proyecto se sumaron personalidades tan diversas como el falangista José Martínez Emperador –exmiembro de UDPE–, el antiguo reformista Luis Jáudenes –uno de los fundadores de Tácito– o Jesús Barros de Lis –procedente del antifranquismo desde las filas democristianas–. Aquella extraña agrupación evidenciaba la crisis de identidad de la derecha española.

En diciembre de 1978 se presentó Derecha Democrática Española (DDE) bajo la fórmula de una coalición que trataba de recuperar el discurso mantenido por AP en su manifiesto fundacional, antes de que Fraga promoviera ese giro pragmático por el que trató de alejarse de aquel neofranquismo evolutivo heredero de los postulados aperturistas (Magaldi 2023). Silva declaró que DDE nacía para situarse entre el centro-derecha de la AP liderada por Manuel Fraga, y la extrema derecha capitaneada por Blas Piñar y Fuerza Nueva (FN). Cuando Suárez adelantó las elecciones al 1 de marzo de 1979, DDE todavía no se había vertebrado, por lo que Silva planteó reformular sus pretensiones iniciales para convertir a su partido en el puente entre AP y FN. El acuerdo entre Silva y Piñar fue fácil de alcanzar, con un pacto basado en la unidad de España, la defensa del orden público, la inspiración católica de las leyes, la recuperación de la economía y una profunda reforma constitucional<sup>27</sup>. Cuando Silva intentó atraer a Fraga a ese proyecto de «una derecha sin vergüenza», su antiguo compañero se negó. Por entonces, AP trabajaba en un proceso de «moderación por agregación» en torno a una nueva plataforma denominada Coalición Democrática, a la cual consiguieron sumar a la Acción Ciudadana Liberal de José María de Areilza y al Partido Demócrata Progresista de Alfonso Osorio (Powell 2013). Pese a su rechazo inicial, las presiones de la banca y el empresariado, alineados con los planteamientos de Silva, obligaron a que Fraga aceptase entablar negociaciones. Fue Areilza quien, en nombre de Coalición Democrática, se reunió con Federico Silva y Raimundo Fernández Cuesta como representantes de DDE y las denominadas «fuerzas nacionales». Lo que se planteó en aquel encuentro fue un reparto de provincias entre los tres grupos. Coalición Democrática tendría el control en la mayoría del territorio, mientras que las «fuerzas nacionales» se conformarían con tres provincias y DDE se presentaría en cuatro circunscripciones: Zamora para Silva, Pontevedra para Fernández de la Mora, Cádiz para Jáudenes y Soria para Barros de Lis. Aquel pacto no tardó en naufragar cuando Piñar exigió un acuerdo con listas comunes en todas las provincias, algo a lo que Fraga se negó, dejando desde entonces claro que AP se mantendría en los postulados de una derecha constitucional. Desprovisto de ese socio, y ante el temor a ser fagocitados por Fuerza Nueva, Silva convenció a sus compañeros de que DDE no se presentase a las elecciones (Ramírez 1979: 39-40). Cuando el resultado electoral supuso un fracaso de la estrategia fraguista, Silva decidió que aquel era el momento oportuno de reactivar la operación.

27. «Silva y la ultraderecha se unen de cara a las elecciones», *El País*, 10 de enero de 1979.

En junio de 1979, DDE nació de forma oficial, ya no como coalición sino como partido, siendo entonces el momento en que se disolvió ADE<sup>28</sup>. Con su nacimiento –en el que exacerbaba su condición de fuerza conservadora, nacionalista y católica–, se emprendió una campaña de promoción en la que Silva destacó como su principal representante. En diversos actos, dijo poner en marcha un proyecto nacido para combatir «los estatutos antipatrióticos» de las diferentes autonomías, pues España «no admite el suicidio que se le está despachando»<sup>29</sup>. Todas sus críticas se centraron en el texto constitucional, el cual percibía como «un factor permanente de distorsión de la vida nacional y de la vida de la derecha en particular», con lo que parecía situar al conservadurismo español en unos postulados incompatibles con la Constitución<sup>30</sup>. Catalogados de franquistas por la opinión pública, en diciembre de 1979 escribió un extenso editorial en el periódico ultraderechista *El Imparcial* como respuesta a tales acusaciones. Según dejó escrito:

Esto del franquismo es un invento de la izquierda para reducir a un puro fenómeno de poder personal lo que fue un régimen político que dio a nuestro país paz, prosperidad y estabilidad. [...] En los años que conocí a Franco, y tuve el honor de colaborar con él, el Generalísimo nunca se comportó como un dictador. [...] Creo que el sistema político nacido del Alzamiento Nacional consagró valores irrenunciables, como son la afirmación de la unidad nacional al reencuentro con nuestro patriotismo, la reivindicación de la tradición española, el orden con libertad o la libertad con orden, la justicia social, la solidaridad de los españoles y el progreso económico con bienestar<sup>31</sup>.

Por aquellas fechas, los días 8 y 9 de diciembre de 1979, DDE celebró su I Congreso nacional, en el que Silva fue elegido presidente de la formación. Desde entonces siguió dedicado a defender un programa que definió con claridad en su libro *La transición inacabada*, una crítica frontal a todo lo que había supuesto el proceso transicional. Aunque sus reparos continuaban centrados en una Constitución que «conduce a la liquidación de la nación única de España», sus reproches ya se hacían extensibles a la Ley para la Reforma Política, lamentando que con su aprobación «el 15 de diciembre del 76 se inició una nueva experiencia de absolutismo parlamentario» (Silva 1980: 33). Según indicaba, el parlamentarismo «conduce veloz e inexorablemente a la destrucción del sistema», pues «bajo fórmulas democráticas hemos tenido en España una atormentada historia» (Silva 1980: 50). En los siguientes meses, Silva difundió esas ideas por diferentes provincias, denunciando la ruptura de España y el abandono de sus ideales católicos, en especial con motivo de la tramitación de la Ley del Divorcio. El horizonte reaccionario en que ahora quedaba situado hizo que su nombre estuviera presente en los rumores sobre los

28. AGUN/FJB, caja 7, carp. 85-4.

29. «Congreso provincial del partido de Silva Muñoz», *El País*, 28 de octubre de 1979.

30. «La Constitución es un factor permanente de distorsión, según Federico Silva», *El País*, 1 de diciembre de 1979.

31. Silva, Federico, «El franquismo», *El Imparcial*, 14 de diciembre de 1979.

implicados en la trama civil del golpe de Estado de 1981, aunque nada pudiera demostrarse. Pese a todos sus esfuerzos, DDE nunca logró dotarse de auténticas opciones, y hubo de renunciar a presentarse a las elecciones generales de 1982, en las que el crecimiento de AP hasta convertirse en segunda fuerza política evidenció finalmente el éxito fraguista de una derecha constitucional (Montero 1986). Mientras Fraga había sabido adaptarse a la nueva realidad, Silva nunca superó los márgenes del aperturismo y, consciente de sus escasas opciones, promovió la disolución de DDE en enero de 1983.

Desde su abandono de la vida política, Silva quedó dedicado a sus tareas profesionales como consejero de Banesto. El 12 de agosto de 1997 murió a la edad de 73 años. Citado en numerosos medios, poco recuerdo quedaba, en las diferentes semblanzas trazadas, de aquel aperturista que había llegado a suponer una esperanza para avanzar hacia la democracia. Ya solo quedaba el recuerdo de una figura de la derecha contraria a la democracia y a la Constitución. La realidad era más compleja, y con él se iba el símbolo de ese aperturismo incapaz de avanzar hacia la democracia.

## 7. CONCLUSIONES

Este breve recorrido por la trayectoria vital de Federico Silva ha permitido conocer mejor una de las figuras más relevantes del ámbito católico del franquismo, así como los proyectos, ideas, estrategias y *cul-de-sac* encontrados durante su transición de la dictadura a la democracia. Pero, además, su retrato biográfico también ha arrojado luz sobre la compleja naturaleza del aperturismo, tanto en sus orígenes y principios, como en su dificultad para servir de fundamento al conservadurismo español posfranquista.

Durante la dictadura, Silva fue un claro representante de la línea aperturista que, a lo largo de los 60, defendió una modernización y transformación del régimen o, como fue frecuente decir en la época, una liberalización de los marcos del franquismo. Progresivamente, estas referencias al aperturismo se vieron sustituidas por apelaciones a un reformismo que decía pretender una democratización; pero cuando esta se materializó, muchos de aquellos aperturistas rechazaron las condiciones creadas por la propia democracia, evidenciando que sus proyectos de cambio nunca habían sobrepasado las fronteras de la dictadura. Silva fue símbolo de esa realidad, inserto en un aperturismo que nunca fue auténticamente democrático, anclado en las coordenadas del régimen, en su personal político y en su marco jurídico-institucional. Aunque algunos aperturistas evolucionaron hacia el horizonte democrático, para otros muchos la apertura nunca fue otra cosa que una vía de adaptación del régimen para garantizar la supervivencia del mismo. Así, pese a las altas expectativas que habían existido durante los años 60 en aperturistas como Silva, llegada la Transición fueron incapaces de adaptarse a las transformaciones derivadas de la propia reforma, así como a los nuevos actores políticos y sus reivindicaciones. Muchos de aquellos antiguos aperturistas se refugiaron en el

que pretendía ser el gran partido de la derecha española, Alianza Popular, pero los conflictos respecto a la relación entre las transformaciones políticas y su propia naturaleza derivaron en una incapacidad de encontrar una identidad propia, insertos en una concepción en la que convivían, indistintamente, referencias al conservadurismo liberal con otras emanadas del conservadurismo dictatorial. Cuando la Constitución supuso el punto de ruptura con las anteriores Leyes Fundamentales, para Silva su decepción con la Transición fue definitiva, al sentir dinamitadas dos de las bases en que se había sustentado el régimen: la unidad indisoluble de la patria y su identidad católica. Al final, el aperturismo representado por Silva quedó en la nueva democracia como símbolo de una extrema derecha anticonstitucional de perfil reaccionario como representó Derecha Democrática Española.

En definitiva, el otrora alabado «ministro eficacia» fue incapaz de adaptarse a la democracia. Su trayectoria evidencia la necesidad de repensar los problemas y limitaciones de ciertas categorías nominativas empleadas durante el mesofranquismo. Si para algunos políticos la apertura supuso el paso previo hacia la reforma, para otros muchos se trató de un fin en sí misma, al no estar dispuestos a evolucionar hacia una auténtica democracia. Esa ambivalencia del aperturismo determinaría las dificultades de la derecha durante la Transición, y el estudio de la trayectoria de algunos de sus representantes deberá proseguirse para un mejor conocimiento de dicha realidad.

#### REFERENCIAS

- AA.VV. (1974): *España, su monarquía y Europa*. Madrid: Fomento Editorial.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Fernando (1985): *Del «contubernio» al consenso*. Barcelona: Planeta.
- ARCO, Manuel del (1970): *Los 90 ministros de Franco*. Madrid: Dopesa.
- ATTARD, Emilio (1983): *La Constitución por dentro*. Barcelona: Planeta.
- BAÓN, Rogelio (2001): *Historia del Partido Popular*. Madrid: Ibersaf.
- BARREIRO, Cristina (2010): *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas. La presidencia de Fernando Martín-Sánchez Juliá (1935-1953)*. Madrid: CEU Ediciones.
- BAU, Fernando (1991): *Crónica de veinte años*. Tarragona: Gráfica Destosense.
- CAÑELLAS, Antonio (2009): «Los caminos de la apertura política (1962-1969)», *Memoria y civilización: anuario de historia*, 12, pp. 253-280.
- CAÑELLAS, Antonio (2012): «Alianza Popular en los debates constituyentes de 1978», en Carlos NAVAJAS y Diego ITURRIAGA (coords.): *Coetánea: III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, pp. 257-270.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, Pilar y FERNÁNDEZ-MIRANDA, Alfonso (1995): *Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández Miranda y la reforma política*. Barcelona: Plaza y Janés.
- FRAGA, Manuel (1987): *En busca del tiempo servido*. Barcelona: Planeta.
- GALLEGO, Ferran (2006): *Una patria imaginaria. La extrema derecha española, 1973-2005*. Madrid: Síntesis.
- GIL PECHARROMÁN, Julio (2017): «Esperando a La Parca. El franquismo en la expectativa del posfranquismo (1969-1975)», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 93, pp. 183-202.

- GIL PECHARROMÁN, Julio (2019): *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha en España (1937-2004)*. Barcelona: Taurus.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (2023): *Historia de la derecha española. De la Ilustración a la actualidad (1789-2022)*. Barcelona: Espasa.
- LINARES, Ángel Luis (2013): «El grupo Tácito en la Transición a la democracia», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 83, pp. 69-87.
- LÓPEZ RODÓ, Laureano (1990): *Claves de la Transición*. Barcelona: Plaza y Janés.
- MAGALDI, Adrián (2018): «Alfonso Osorio y la Unión Democrática Española (UDE): un proyecto democristiano en transición», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 37, pp. 233-266.
- MAGALDI, Adrián (2023): «Derecha Democrática Española (DDE): el eslabón perdido en la transición de la derecha posfranquista», *Historia Contemporánea*, 72, pp. 631-663.
- MATEOS, Abdón y SOTO, Álvaro (1997): *El final del franquismo, 1959-1975: la transformación de la sociedad española*. Madrid: Historia16.
- MONTERO, José Ramón (1986): «El sub-triunfo de la derecha: los apoyos electorales de AP-PDP», en Juan José LINZ y José Ramón MONTERO (eds.): *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años 80*. Madrid: CEC, pp. 345-432.
- OSORIO, Alfonso (1980): *Trayectoria política de un ministro de la Corona*. Barcelona: Planeta.
- PALOMARES, Cristina (2006): *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*. Madrid: Alianza.
- PENELLA, Manuel (2005): *Los orígenes y la evolución del Partido Popular. Una historia de AP, 1973-1989*. Salamanca: Caja Duero.
- PERNÍA, Fernando (2018): «Partidos y asociaciones políticas en el Benavente republicano, 1931-1936», *Brigecio: revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 28, pp. 149-168.
- POWELL, Charles (1997): «Crisis del franquismo, reformismo y transición a la democracia», en Javier TUSELL, Feliciano MONTERO y José María MARÍN (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*. Barcelona: Anthropos, pp. 247-270.
- POWELL, Charles (2007): «El reformismo centrista y la transición democrática: retos y respuestas», *Historia y política*, 18, pp. 163-184.
- POWELL, Charles (2013): «Alianza Popular y la Transición: la difícil forja de una derecha democrática española», en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE (ed.): *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 163-184.
- RAMÍREZ, Pedro J. (1979): *Así se ganaron las elecciones de 1979*. Madrid: Prensa Española.
- RÍO, Miguel Ángel del (2013): *De la extrema derecha neofranquista a la derecha conservadora: los orígenes de Alianza Popular*. Tesis doctoral dirigida por Ferrán Gallego. Universidad Autónoma de Barcelona.
- RÍO, Miguel Ángel del (2016): «El nacimiento de Alianza Popular como confluencia de proyectos de supervivencia franquista (1974-1976)», *Segle xx. Revista catalana d'història*, 9, pp. 107-134.
- RIVERA, Antonio (2022): *Historia de las derechas en España*. Madrid: Catarata.
- SILVA, Federico (1980): *La transición inacabada*. Barcelona: Planeta.
- SILVA, Federico (1993): *Memorias políticas*. Barcelona: Planeta.
- TUSELL, Javier y GARCÍA, Genoveva (2003): *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*. Barcelona: Crítica.
- URIGÜEN, Natalia (2018): *A imagen y semejanza. La democracia cristiana alemana y su aportación a la transición española*. Madrid: CSIC.

VELO DE ANTELO, José María (2010): *De ayer a hoy. Los orígenes del Partido Popular*. Valladolid: Gallandbooks.

YSÀS, Pere (2019): «Contra el cambio: continuismo, reformismo e involucionismo en la transición española», en Carme MOLINERO y Pere YSÀS (ed.): *Transiciones: estudios sobre Europa del sur y América Latina*. Madrid: Catarata, pp. 15-36.

